

Clausura del I Sínodo Arquidiocesano (2017-2021)

Homilía

I Domingo de Adviento 2021

Mario Aurelio Cardenal Poli

Jeremías 33, 14-16

S.R. 24, 4-5a.8-10.14

1 Tesalonicenses 3, 12-4, 2

Lucas 21, 25-28.34-36

Hoy celebramos solemnemente la clausura del I Sínodo Arquidiocesano (2017-2021), y la Providencia ha querido que coincida con el inicio del esperanzador tiempo del Adviento, con el que la Iglesia nos pone nuevamente en camino para hacer memoria del acontecimiento de la salvación.

Adviento quiere decir: *Alguien que viene*; y todo el pueblo de Dios que peregrina en medio de la comunidad humana lo presente y se dispone interiormente a recibirlo. La liturgia nos concede agradecer y recordar con alegría que Jesús vino por primera

vez en la humildad de nuestra carne¹, a la vez que nos alienta a una vigilante espera de su segunda venida «cuando el Señor, se manifestará entonces lleno de gloria, el mismo que viene ahora a nuestro encuentro, en cada hombre y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y para que demos testimonio por el amor de la espera dichosa de su Reino»². Para vivir este tiempo de gracia, humildemente pedimos:

1. Prefacio de Adviento I, *Las dos venidas de Cristo*.

2. Prefacio de Adviento II, *Cristo, Señor y Juez de la Historia*.



«Señor, despierta en tus fieles el deseo de prepararse a la venida de Cristo por la práctica de las buenas obras»³.

De este modo, el nuevo año litúrgico nos pone frente al misterio de una pedagogía divina: Dios eligió para su Hijo amado la condición humana como camino de redención, y él mismo se hizo Camino de salvación para que la humanidad entera se encuentre con su Creador y Padre; ese itinerario, naturalmente, se realiza en cada creatura de un modo único e irrepetible, solo por Dios conocido. Nuestro servicio es ser puentes de encuentro.

Con las sorpresas del Adviento surge un lenguaje nuevo, el de una historia abierta, cuya fuente es la misericordia divina, que permite al espíritu humano trascender sus propios límites, elevándolo por encima de «la figura de este mundo que pasa, afeada por el pecado, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia, y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano»⁴.

Por tanto, el Adviento nos invita a *esperar* su venida definitiva al fin de los tiempos y a *prepararnos para celebrar* su primera venida al nacer en Belén, con el gozo de saber que Él viene permanentemente a nuestros corazones.

El evangelio de San Lucas, por su contenido «mariano» y «misionero» contagia y renueva un clima de alegría y confianza en la espera del Señor en el tiempo presente, e iluminará el ideal que se ha gestado en el seno del Sínodo: «Despertar y afianzar en los fieles, especialmente en los jóvenes, un sentido de la vida como misión, a través del contacto con el dolor de los hermanos»⁵. Por eso, el Adviento nos invita a levantar

la cabeza y espejar nuestra mirada en Dios, para renovar la Esperanza que nos permita seguir caminando. El «germen justo, que practicará la justicia y el derecho en el país» (Jr 33,15), conforme a la profecía de Jeremías, nos deberá encontrar prevenidos y orantes.

Al mismo tiempo, nuestra madre, la Iglesia, nos exhorta a vivir una existencia a la espera de «la Venida del Señor Jesús con todos sus santos» (1Ts 3,13). En esa tensión, hoy San Pablo nos pide testimoniar con nuestra vida el mandamiento nuevo, que «haga crecer cada vez más en el amor mutuo y hacia todos los demás» (1Ts 3,12). ¿Acaso no hay en esta recomendación un llamado misionero, para que el Evangelio pueda brillar con el único mensaje capaz de llegar a lo más profundo del corazón de cada hombre y de cada mujer? Es lo que deseamos para nuestra querida ciudad de Buenos Aires.

El Sínodo ha sido un llamado del Señor resucitado, para que los bautizados (laicos, consagrados, ministros), asumamos con plena conciencia ser Iglesia misionera, porque «ella existe para evangelizar – enseñaba San Pablo VI–, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa»⁶. Para alcanzar las concordancias posibles entre tantas ideas y vivencias de los sinodales, nos acompañó en todo momento el Espíritu de la Verdad; y reconocemos que fue él quien provocó una armonía sinfónica entre tantas voces distintas y diversas, lo que solos no hubiéramos podido lograr⁷. En las participativas sesiones de la Asamblea Sinodal, no fue sorpresa que los sinodales, movidos por la vocación apostólica, hayan sido capaces de traducir las mociones del

3. Oración Colecta de la Misa del I Domingo de Adviento.

4. Constitución *Gaudium et Spes*, 39.

5. Prioridad 1, del Cap. 2 del DT *Amor servicial*, A: Somos una Misión.

6. San Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 14.

7. Cfr. Papa Francisco, *Soñemos juntos. El camino a un futuro mejor. Conversaciones con Austen Ivereigh*, Buenos Aires, Penguin Random House, 2020, 84.



Espíritu Santo para renovar el rostro de la Iglesia misionera entre los porteños.

De este modo, queríamos acompañar los sueños del Papa Francisco, cuya preocupación ha sido promover este tipo de desbordes dentro de la Iglesia, reavivando la antigua práctica de la sinodalidad. «Mi deseo ha sido dar vida a este antiquísimo proceso, no solo por el bien de la Iglesia, sino como un servicio a la humanidad, a menudo trabada en desacuerdos paralizantes»⁸.

Todo lo vivido durante el Sínodo lo queremos ofrecer con el pan y el vino separados para el sacrificio, para que la gracia transformadora de la Eucaristía complete y perfeccione este servicio a la Iglesia.

Nos resta bajar a las manos lo escuchado y compartido, lo que fue dialogado y discernido a la luz del Espíritu, lo seriamente tratado y aprobado por todos, para que la Iglesia porteña rece, se organice y salga sin miedo a la misión. Abrigamos el deseo de que todos los bautizados: «Recobremos y acrecentemos el fervor, “la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...]»

8. Ibidem.

Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza– pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo»⁹.

Ahora quiero dirigirme a San José. A él le encomendé esta última etapa del Sínodo y reconozco su intercesión y discreta presencia en las sesiones de la Asamblea Sinodal. Y como este año el Papa Francisco nos ha recomendado seguir su ejemplo, creo que el carpintero de Nazaret nos ayudará a vivir este Adviento que comenzamos. Además, el regalo de la imagen de «Los sueños de San José» que ustedes me dispensaron ayer al finalizar la Asamblea, motiva la siguiente meditación. San José fue testigo del misterio y también tuvo su Adviento. Desde el encuentro juvenil con María, José había admirado su pureza virginal. Sin embargo, él tenía la impresión de haber sido puesto frente a un misterio de virginidad que lo sobrepasaba. Algo no

9. Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 10.



podía entender de esa alma de María que él encontraba tan bella. Cuando se enteró que su prometida esperaba un hijo, José no habría podido adivinar que se trataba de un secreto confiado a María por un mensajero divino, secreto que ella no se reconocía con derecho a revelar. Pero José era un varón justo y fiel, de recta intención, y porque la amaba, él adivinaba un misterio detrás de ese silencio de María y no hubiese querido de ninguna manera arrojar una infamia sobre su prometida; por lo tanto, prefirió abandonarla en secreto. Hasta la aparición del Ángel en sueños, el humilde carpintero ha debido sufrir mucho, fue su Adviento doloroso. Pero cuando el enviado de Dios le reveló el gran secreto, la alegría despejó toda duda y el dolor padecido no dejó huella. Obediente a la voluntad divina volvió al lado de María. Ella venía a coronar un sacrificio e iluminaba definitivamente el misterio del cual José fue el testigo privilegiado, predestinado por la elección divina a convertirse en esposo de María y padre virginal de Jesús. También él había sido preparado por un delicado trabajo del Espíritu Santo para asumir una verdadera

paternidad. Y su alma, modelada para representar al Padre de los Cielos porque debía ocupar su lugar, había sido colmada de virtudes que reflejaban la bondad inagotable del Padre. Ejerció esa bella paternidad en la sombra, trabajando en silencio para sostener a su amada familia, y todo lo hacía con la humildad de quien presiente estar ante el Mesías esperado por siglos, su Creador y Señor. San José nos enseña a vivir este tiempo con la fe de los pequeños, al lado de la Virgen y de Jesús¹⁰. El Adviento, como el Sínodo, terminan bien: en brazos de la Virgen, porque «la gracia que perdimos por Eva nos fue devuelta por María, su maternidad redimida del pecado y de la muerte, se abre al don de una nueva vida, para que donde abundó el pecado sobreabundara su misericordia»¹¹. Por eso le decimos a quien nos cuidó durante los probados años del Sínodo: ¡Madre! ¡Ave María Purísima, sin pecado concebida!

10 Texto inspirado en el libro de Jean Galot, s.j. *San José*, 2° edición, Ediciones Sursum, Lovaina. Traducción al español por el Pbro. Pablo Lizárraga, Capellán del Hospital Muñiz.

11. Prefacio de Adviento IV, *María Nueva Eva*.